

SEMBLANZA HUMANA Y POÉTICA DE ANTONIO MACHADO

El nombre de Antonio Machado tiene presencia en el tiempo. Evocar su figura, acercarnos de nuevo a sus páginas, no es otra cosa que hacer entre nosotros más viva la perennidad de su espíritu y palabra.

En el pequeño pueblo de Collioure (Francia), el 22 de febrero de 1939, miércoles de ceniza, Machado consumía los postreros momentos de su existencia, antes de adentrarse eternamente por el camino sin retorno. El aire que trae el Mediterráneo envuelto en sus ligeras olas, vino a aliviar el dolor de la agonía. En aquellos instantes desfilaban ante sus ojos vivencias de la infancia. Con las pupilas casi cerradas volvería a ver las imágenes primeras que impresionaron maravillosamente sus sentidos cuando era niño. Frente a esa misma mirada se revelaron más tarde las tierras y campos de Andalucía. Luego puso la vista en los horizontes semidesnudos de la meseta castellana.

“Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero”,

rezan de este modo los versos iniciales de su **“Retrato”**. En su mente se dibujaba ahora el rostro de Sevilla; los jardines del Parque de María Luisa, bordados de rosas y claveles que perfuman el espacio. El Guadalquivir de plata —que él cantara— corría sin prisa. Más allá se eleva la Giralda con donaire caprichoso. Brilla el perfil de las almenas y los alcázares morunos donde la luz choca y se esparce en pedazos de diamante. Su oído alcanzaba a percibir el murmullo musical que brota de la fuente asentada en el patio rodeado de limoneros del Palacio de las Dueñas, su casa natal. La cantarina melodía de los surtidores sevillanos sonaba como los acordes de las danzas de una **suite** sinfónica de Manuel de Falla. El tiempo demoraba en el encanto de este ambiente... Ensueños de un pobre moribundo.

Machado no es sólo poeta de Andalucía —lo cual le corresponde por nacimiento—, o poeta de Castilla. Realmente es el poeta de España entera. Como Bécquer, el ruiseñor de trinos dulces y profundos, como don

Luis de Góngora, García Lorca, y el mismo Manuel Machado, hermano de don Antonio, como Juan Ramón Jiménez y algunos otros, Antonio Machado escoge para tema de sus versos a Andalucía, sus campos marismos y sus pueblos:

“¡Playa de Sanlúcar,
noche de verano,
copla solitaria
junto al mar amargo!”

Elogia a Sevilla, Baeza, Córdoba. A Málaga brinda esta hermosísima copla:

“Junto al agua negra,
olor a mar y jazmines.
¡Noche malagueña!”

Y plasma con tonos insuperables el alma, el carácter y la filosofía del pueblo y el paisaje andaluz. Para saber cómo lo hace, basta con leer **“Nuevas Canciones”**.

En 1907, Machado gana la cátedra de lengua francesa en un colegio de Soria, ciudad de Castilla la Vieja. Es entonces cuando empieza a descubrir el poeta el significado de “lo esencial castellano”. Pertenece Machado al grupo de intelectuales que se elevó a fines del siglo pasado a la categoría de rector de la vida y el pensamiento españoles, constituyendo la Generación del Noventa y Ocho. Este grupo se encargó de efectuar la revelación de Castilla como corazón histórico y espiritual de la España eterna. Atravesaba en aquellos momentos la Península por horas de infortunio; el sol se había puesto en sus dominios y los últimos restos del imperio colonial se aproximaban a la desintegración definitiva. Era una década ominosa la que estaba registrando los anales de la vida nacional en tal período: el genio hispánico se había eclipsado a causa de la mediocridad cultural imperante y del tradicional oscurantismo borbónico. Resultaba necesario superar crisis tan dura, elevar los ánimos para no perecer a manos de la amargura. En tal instante apareció un puñado de hombres que principió a luchar por hacer conciencia, levantando sus voces para esclarecer el caos. Quien dio el primer paso al frente fue don Miguel de Unamuno, predicando su colérica verdad; a su lado estaban Azorín, Ganivet, Baroja, Maeztu, Ortega y Gasset y los demás adalides, empeñados al unísono en la batalla para lograr la revitalización de su patria. Todos estos escritores proyectaron en sus ensayos y prosas descriptivas el paisaje castellano, el modo de ser de su gente, la fisonomía de sus ciudades. Antonio Machado realiza por parte suya el mismo descubrimiento, el cual relata poéticamente en su libro **“Campos de Castilla”**, la obra más profunda y perfecta de su producción literaria.

Tal libro es la apología lírica de Castilla. En él, el autor loa las ciudades castellanas, las aguas del Duero, canta el trabajo agotador de los labradores que rompen en surcos el “mar de encinas” para hacer que fecunde la semilla. Aquí se ofrece la sensación de pobreza, tristeza y

austeridad que imprimen carácter a la región, combinando esto con el recuerdo emocionado del pasado épico de estas tierras, exaltándolo y al mismo tiempo proyectando su futuro en una visión romántica, ilusionada, llena de esperanza. Paisaje, historia y tradición se funden en los poemas de este libro. Al mencionar los arcos romanos del Acueducto de Segovia, mueve a evocar a San Juan de la Cruz y sus altos vuelos de fervor místico en la Subida al Monte Carmelo. Igual que al echar una mirada sobre Avila, recuerda a Teresa en la dura andanza de las Fundaciones. Si nos habla de Burgos, divisa la figura de Mío Cid en combate con los moros. Recorriendo los caminos que circundan a Madrid, la sombra del Conde Fernán González, adelante de sus mesnadas lo acompaña. Prosigue el itinerario de su inspiración y el bardo visita a Toledo, donde el Greco lo cautiva con sus parábolas de dolor y hermosura. Saliendo a la Mancha seguirá las pisadas que marcara Rocinante, cuando el Ingenioso Hidalgo cabalgaba hacia El Toboso en pos de Dulcinea o el amor imposible. Y al pasar por la Somosierra hallará los parajes donde el Arcipreste de Hita tuvo sus aventuras picarescas, relatadas en el **"Libro de Buen Amor"**. Por todo esto, Antonio Machado la llamó:

... Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza,
.....
¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
¡La agria melancolía
que pueblan tus sombrías soledades!
¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!"

Para una mejor interpretación del contenido de estos versos, leamos un párrafo de **"La Ruta de Don Quijote"**, en donde Azorín ha expresado sabiamente el significado de esta comarca: "El paisaje se hace más amplio, se dilata en una sucesión inacabable de altibajos plomizos. Hay en esta campiña bravía, salvaje, nunca rota, una fuerza, una hosquedad, una dureza, una autoridad indómita que nos hace pensar en los conquistadores, en los guerreros, en los místicos, en las almas, en fin, solitarias y alucinadas, tremendas, de los tiempos lejanos".

El concepto de lo castellano supo captarlo en su total alcance y verterlo en prosa de tanta calidad que puede rivalizar con la anterior. Eduardo Caballero Calderón, cuando escribió que "Castilla no es lo que es sino lo que sugiere, Castilla en sí no es nada; apenas un erial que a medias puede alimentar al hombre. Pero está empapada de historia y de literatura, amasada con sangre de mártires y santos, ella, que no tiene un ojo de agua que calme la sed de sus veranos, ni un leño que quemar en sus inviernos interminables". Esta es, precisamente, la Castilla que amó Machado y que alabó su genio poético.

El verso de Antonio Machado tiene tanto de clásico como de moderno. Es la suya una poesía que se ocupa de cosas nimias de la naturaleza y que también trata de complejas cuestiones que embargan el corazón y la mente humanos. En la forma de expresión varía entre la égloga, la copla y el romance. Son transparentes las metáforas. El lenguaje suyo posee parentesco indudable con el de los clásicos del Siglo de Oro y cierto sabor de cosa antigua, adquirido al madurar en el conocimiento de los cantares de gesta medioevales, la cuna del idioma. Fue un modernista tímido (para explicarlo de alguna manera digámoslo así), pues se resistió un tanto a las enseñanzas de Darío —a quien estimaba mucho como amigo—, y de tal movimiento. Experimentó diversas influencias francesas, principalmente la de Ronsard. Refiriéndose a este aspecto, el crítico Rafael Gutiérrez Girardot manifiesta que "sobre el tono sepia de estas imágenes... Machado va desplegando su clara paleta de colores. No son colores como los del modernismo, sino más bien primitivos y bien perfilados, que resaltan con el contraste en que los va poniendo sobre el lino: claros días, azul, blanca arena, desnudas sombras, rojo de fuego, verdes prados..."

La parte más profunda de su obra lírica se halla contenida en el **"Cancionero Apócrifo"**. Los hijos de su pensamiento, Abel Martín y Juan de Mairena, son figuras de mucha densidad conceptual. En las canciones y apostillas puestas en boca de este par de poetas pensadores, Machado se muestra como un gran folclorista, "aprendiz del saber popular", reflejando en ellas la sabiduría y la gracia andaluzas magistralmente. Pero con el suave humor y la frase elegante conjuga su capacidad de abstracción y de análisis para considerar los eternos temas propios de la naturaleza humana y las diversas actitudes que el sér adopta ante la vida. De tal manera resulta que en el **"Cancionero Apócrifo"** está formulado un completo sistema filosófico, siendo posible distinguir en él desde una concepción antropológica y una ontología hasta una teología, incluyendo en el mismo la tesis de un humanismo basado en lo social.

A poco de llegar Machado a Soria conoció a una hermosa y sencilla muchacha del lugar, llamada Leonor Izquierdo Cuevas. El poeta la amaba intensamente; pronto se casaron. Tan sólo tres años duró la feliz unión; la salud de Leonor quebrose mortalmente y desapareció. Esta experiencia pesó siempre en el ánimo de don Antonio. No pudo olvidarla y quejábase en su desdicha:

"Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar".

Más tarde, para su consuelo, creó a Guiomar, amada ideal y musa.

Según los trazos del lápiz de Pablo Picasso, quien hizo al poeta un dibujo ya célebre, el rostro de Machado era de un perfil de singular bonhomía. La mirada recta y tranquila, sus labios gruesos se abultaban con el gesto de su sonrisa. Rafael Alberti dice que su figura tenía la

“tristeza del árbol alto y escueto, con una voz de aire pasado por la sombra”. Fue hombre de traje humilde y andar lento. La mayor parte de su vida transcurrió ocupado en su quehacer de maestro de varios colegios, leyendo y escribiendo versos. No conoció su persona el orgullo que trae consigo la fama y nunca fue atacada por la soberbia.

La ideología política de Machado puede definirse como socialista, si bien es cierto que era el suyo un socialismo utópico muy personal, análogo al de Tolstoy, que hermanaba los principios evangélicos del cristianismo con las teorías marxistas. Llegó 1936, cuando mil años de historia hicieron explosión en España. Fue en aquella hora cuando el valor cívico de Machado dio prueba de su autenticidad. Como todo intelectual verdadero estaba comprometido con la causa del hombre y de la libertad; por tanto, su arte debía dar testimonio de las circunstancias de la época que le había tocado vivir. El nuevo Estado fue traicionado por algunos de sus propios gestores y entregado su rumbo en manos del comunismo internacional. Francisco Franco, por su parte, emprendió el movimiento de reconquista del poder. Bajo el impulso de estas dos fuerzas antagónicas, el pueblo español era conducido a un ruedo inmenso como su propia geografía, para lidiar su más larga y sangrienta corrida: la guerra civil. Fiel a su ideario, Antonio Machado estuvo con el bando republicano y escribió poesía política —siguiendo el ejemplo que antes y después de él ofrecieron un Walt Whitman, Aragón, Paul Eluard en el mismo sentido—; dio con ello a su creación literaria una finalidad precisa: alentar el ánimo de los milicianos; de este modo quiso ser también protagonista de esa hazaña, sin permitir que los yunques y crisoles de su alma trabajaran para el polvo y para el viento:

“¡Madrid, Madrid!, ¡qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas”.

Culminando en 1939 la guerra civil, Machado se exilió en Francia. Al principio estuvo considerado por el nuevo régimen como proscrito, pero un año más tarde Dionisio Ridruejo rescataba su memoria, proclamándolo maestro de la literatura de España y América. Con razón se ha afirmado que sus versos, con los de García Lorca y Juan Ramón Jiménez, son lo más sustancial, lo más hondo y latente de la poesía de lengua castellana de nuestro tiempo.

A fines de enero de 1939 don Antonio Machado abandona la vieja casa que habita en Barcelona, ciudad sacudida a diario por los bombardeos. De allí parte acompañado por su madre, una viejecita casi nonagenaria, con destino a la frontera francesa, camino del exilio, como uno más de aquellos miles de “españoles del éxodo y del llanto”. El viaje fue una odisea; Machado al cruzar la frontera consigue puesto en un automóvil de un amigo; en sus brazos lleva a su madre. Arriban a Collioure y se establecen en una habitación del hotel Bognol-Quintana. En este pueblecito de pescadores, cerca pero fuera de España, Machado pasa los últimos días de su existencia. Su salud pronto desmejoró nota-

blemente. De vez en cuando don Antonio paseaba por la playa, contemplando el manto azul del Mediterráneo, cuyas olas se estrellan contra los acantilados e inundan las calas. “Quién pudiera quedarse aquí —decía— en la casita de algún pescador, y ver desde una ventana el mar, ya sin más preocupaciones que trabajar en el arte”. Llega el 22 de febrero y Antonio Machado muere enfermo con la pena de España. Al día siguiente la madre de don Antonio sale también del mismo aposento en un ataúd, para hacer con él la jornada final, que su hijo presintió de esta manera:

“Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar”.

J. Monserrat Salgado

